

lores grupales causante de una situación regresiva para el individuo (animalizado en cuanto desocializado), o para la sociedad (desintegrada en cuanto reducida a pura forma jurídica vaciada de su contenido vivo de individuos interrelacionados)...

SAND, RENE: *L'Economie Humaine*. Col. "Que sais-je?" Presses Universitaires de France. 1948. pp. 128.

Reconocer que, en proporción considerable, los males que sufrimos tienen sus raíces en la organización social misma —y, nos atrevemos a afirmar que no es una organización social la imputable por los males humanos, y que estos sólo variarían en caracteres y en gravedad de una a otra organización social, a despecho de utopistas y propagandistas pseudo-revolucionarios—, representa una manera correcta de iniciar el ataque en contra de tales males, que podrán tender siempre hacia un límite, sin ser nulificados nunca. Y, es correcto iniciar así el ataque porque la radicalidad social de los males evoca —ineludiblemente— el necesario carácter social de los remedios.

Atrincherados en un necio egoísmo, los integrantes de una sociedad suelen descubrir —si lo descubren— que, no percatados de sus vínculos, cuando creían tener resueltos sus problemas por la vía egoísta, los mismos problemas reaparecían —frecuentemente acrecentados—, por vías para ellos insospechadas: por el camino de la interdependencia social, o puesto entre los más opuestos, por los senderos extraviados del egoísmo.

La huida del egoísmo —o mejor, la fuga pánica ante los frutos del egoísmo— llevó a muchos hacia un filantropismo que no era sino el propio egoísmo que ante sí se disfrazaba creyendo de tal

modo engañarse y el cual, para preservar su avaricia de pan, daba migajas. La huida del egoísmo condujo también a cierta negación de sí mismo —a un egoísmo de signo negativo, si así podemos expresarnos— que, como descubrieron Federico Nietzsche y Max Scheler, no encubría, en el fondo, sino un profundo resentimiento: un odio a sí mismo que era quizá un travestimiento de hondísimo e hipócrita amor a sí mismo.

Un egoísmo fundamental redujo todos los procesos sociales a fenómenos competitivos. ¡Era la postura fácil de su sociología implícita, para la cual el mundo humano, al igual que el mundo animal, resultaba regido por las leyes de la supervivencia de los más aptos! A corto plazo, las tesis parecían fundadas y, con ellas, parecía justificarse la ética (no queremos fruncir los labios despectivamente entrecomillando la palabra) según la cual, a su vez, se justificaba matar o por lo menos dejar morir a quien menos capaz estaba con todo, obligado a competir. Pero a largo plazo, las crisis, esos fenómenos de coyuntura, esos efectos no propuestos de múltiples acciones humanas, echaron a rodar, junto con la ética, la economía que en ella se sustentaba —fijarse bien en el orden— y, simultáneamente, junto con la teoría económica que había preformado una conducta económica, su más o menos tácita teoría sociológica y su más o menos implícita antropología filosófica que reducían a la sociedad a un puro fenómeno tan natural como la lucha entre las especies animales, y al hombre a un animal más, entre otros tantos de una serie que la naturaleza, ociosa y lúdica, se complacería en enriquecer con formas cada vez más variadas y caprichosas.

Ante los frutos, una huida pánica, o, mejor aún, una petrificación del pánico: una afirmación del egoísmo bajo las formas de la filantropía. ¿O, sería esa piedad, esa compasión que el Rousseau

del “Discurso sobre la Desigualdad...” consideraba como tan radical del hombre la que trasladando la emoción ante “una catástrofe que nos emociona por lo súbito” (8) a las situaciones permanentes de los barrios obreros (una explosión en una mina descubrió muchas veces a algunos la cotidiana miseria de los mineros), trató de aliviar las penas de los miserables, aun cuando manteniendo —incluso sin pretenderlo conscientemente— la situación en sus términos fundamentales? Se trataba, en todo caso, de proporcionar una dádiva sin establecer un don (que donar es darse con la dádiva estableciendo un vínculo humano); se trataba, en cualquier forma, de evitar que la insuficiencia humana de los parientes pobres del Hombre —esos “otros hombres”— no hiciera enrojecer al Hombre —al “único verdadero hombre”—, ni le produjera disgustos... La nueva posición se pretendía reductora de toda sociedad a una enorme beneficencia: a una enorme obra de bien; pero, los supuestos de la ética beneficiante filantrópica se encontraban en una desigualdad que la competencia había establecido, que *no debía ser abolida*, que la dádiva no debería sino de contribuir a perpetuar.

En cuanto la ética beneficiante filantrópica respondía y responde a los requerimientos de las capas más profundas de una mala conciencia, se explica el que, en el plano estatal, como señala René Sand, “la política económica haya detenido los impulsos de la política social negándole los recursos necesarios” (5). Estados de fundaciones benéficas orientadas a asegurar la salubridad o la educación de las sociedades, aquellos que se fundaban sobre las bases de la ética beneficiante filantrópica vivían la crucifixión —que sería cómica de no ser indignante— entre los llamados a una solidaridad (inútil intento de reducir los procesos sociales al de la cooperación), y las necesidades de una contabilidad.

Mientras fueron unos cuantos ilusos compasivos quienes se encargaron de hacer reclamos patéticos a la solidaridad, la solidaridad pudo ser desatendida y triunfar la contabilidad en Estados de negociantes, pero en el momento en que las cosas —humanizadas— de la economía se encargaron de poner de relieve la miseria humana de ciertas capas, y esas capas, percatadas de los riesgos a que las enfrentaban los sistemas de organización prevalentes, hicieron el reclamo de sus derechos, los llamados de la solidaridad tuvieron que ser atendidos, aún cuando se les siguiera subordinando a las exigencias de la contabilidad. El encuentro de un lenguaje común entre “quienes hablan de solidaridad y quienes hablan de contabilidad” tras la constatación de que “el plano de los valores personales no tenía punto alguno de encuentro con el de los negocios” (5) no se hizo —como podría hacer pensar el propio Sand— en un nivel puramente lógico, de un modo indoloro: el común lenguaje se los impuso a unos y a otros, la dialéctica de la historia. Sin embargo, hay que reconocer que esa dialéctica no ha encontrado aún sino un menguado fruto, en cuanto sólo ha permitido que “se encuentre un lenguaje común cuando se considera al hombre bajo el aspecto de un valor económico” (5). ¡La eterna nostalgia del mundo animal! o más aún, ¡la eterna nostalgia de las cosas! “Después de derrochar sus riquezas naturales, la mayoría de los Estados toman medidas de conservación. En forma análoga, se quiere proteger el capital humano” (7).

Ahoga pensar en el pobre contenido que puede darse a estos rubros. Ensancha el pecho pensar en la forma en que puede enriquecerse.

Porque, si en el concepto de valor económico entra el hombre en cuanto fuente energética o en cuanto elemento que se expende en el “mercado de tra-

bajo" ¡qué lenguaje tan indigno el que han encontrado como común la solidaridad y la contabilidad! Que se hable de "disminuir las pérdidas y de aumentar el rendimiento" (7), de que "el principio esencial es que nadie, en ningún momento, carezca del mínimo necesario para una vida normal en cuanto tal privación entraña un deterioro de las fuerzas físicas, morales, profesionales y, por lo tanto, una pérdida para la sociedad" (10), de que "la nación que domina es la del buen rendimiento vital" (10), es algo que muestra las artimañas de que se valió la contabilidad para que del lenguaje común oyese la solidaridad sólo aquella parte que no perjudicase a la contabilidad. Y algo que muestra todos los peligros a los que sigue dejando librados a los hombres esta concepción de una "economía humana" que no sería sino una visión económica del hombre. Porque si a la conciencia de que "éramos material gastable" (es curiosa la conexión entre la guerra y el primado de la contabilidad), ha sustituido la conciencia de que "somos material ahorrable" para los fines de la sociedad —como ha descubierto China Roja al considerar a la sobrepoblación como una fuerza—, bien puede ocurrir que, en cuanto cambien los fines que se proponga la sociedad (o el Gobierno), dejemos de ser ese material ahorrable para volver a ser el antiguo material gastable, la "carne de cañón" de todas las guerras de la historia. ¡Y es curioso que los extremos, capitalistas y comunistas se toquen precisamente en sus yerros!

Porque, en cambio, si en el concepto de valor económico entra el hombre en cuanto elemento escaso y raro (que es, al fin y al cabo esa escasez o rareza lo que en forma más objetiva determina el valor económico), se descubre toda la riqueza del lenguaje impuesto a contabilidad y solidaridad y utilizable por ambos para beneficio común en cuanto ningún

elemento es más escaso o más raro que un hombre, en cuanto cada hombre es único, en cuanto cada hombre es irremplazable, en cuanto la pérdida de cada hombre es "una pérdida irreparable" para la sociedad, haciendo a un lado el fácil sentimentalismo y la privación de hondo sentido con que se pronuncia la frase manida en las oraciones fúnebres.

Vueltos más ceñidamente hacia el contenido del libro de René Sand, ¿qué encontramos?, ¿la concepción pobre de contenido de la economía humana? o ¿la concepción rica en contenido y consecuencias de la misma? Los elementos para responder de inmediato los puede dar el resumen de un contenido de gran variedad e interés. Los elementos para una respuesta definitiva acerca del libro y de la doctrina que resume sólo puede proporcionarlos una lectura detenida y meditada de los trabajos de la escuela a la que Sand pertenece.

¿Estrategia o táctica el que la economía humana haga un llamado al egoísmo al señalar que "la instrucción, la higiene, los servicios sociales no representan liberalidades hechas con fondos perdidos, accesibles sólo a las naciones ricas y a las empresas prósperas, puesto que son inversiones fructíferas" (6)? ¿Auténtica solidaridad o auténtica contabilidad? ¿Materialismo o humanismo, el que se recuerde que "Quetelet fue uno de los primeros en hablar del valor económico del hombre cifrando las pérdidas que representan los decesos de menores de 13 años en dos tercios del presupuesto del Estado en los Países Bajos" (15), o el que se señale que "Dublin y Lotka establecieron el valor monetario del hombre y de la mujer en los Estados Unidos de América en 1930, ascendiendo el total a 15 000 billones de dólares" (15)?

Si se deja de lado la consideración de los principios fundamentales y se examinan los programas que de la economía humana nos presenta Sand, nos en-

contramos con los que se establecen en varios sectores desde el ángulo de la producción, del nivel de existencia, de la recuperación social, del trabajo, de la herencia y la natalidad, de la higiene, de la medicina, de la educación.

Desde el ángulo de la producción se consideran los planes de habitación, de alimentación y otros, señalándose: la necesidad de establecer oficinas centrales y regionales para realizar censos de habitación; la adopción de un código de habitación y urbanismo; el establecimiento de un servicio de inspección de alojamientos; la provisión de créditos para el desarrollo de los programas; la necesidad de que “quienes dejan los tugurios reciban una educación que les permita adaptarse a sus nuevas condiciones de vida” (22); la extensión del urbanismo al campo sobre la base de reparto, movimiento, necesidades de la población, transporte, industria, etc., considerándose además la “bonificación” de terrenos como en los pantanos Pontinos, Zuiderzee y el Tennessee. La necesidad, dentro del plan alimenticio, de preocuparse más que por evitar la subalimentación o insuficiencia cuantitativa, la mala nutrición o insuficiencia cualitativa proveyendo la creación de restaurantes para empleados que atiendan determinadas especificaciones nutriológicas, combatiendo el fraude y la falsificación alimenticias, procurando la educación nutriológica del productor, del vendedor y del consumidor y utilizando estímulos, primas y subvenciones.

Desde el ángulo del nivel de existencia, se señala la forma en que la mortalidad resulta un índice de bienestar; se constata la forma en que “la acción de las condiciones de existencia sobre las variaciones sociales de la mortalidad se confirma por el hecho de que en una misma profesión la mortalidad es menor para los trabajadores a quienes una ocupación estable asegura recursos regulares y máxima para los desocupados o desem-

pleados” (36), indicándose también la forma en que “Suecia adapta sus obras públicas a las circunstancias, haciéndolas más lentas en los periodos de gran actividad económica, y multiplicándolas y estimulándolas en tiempos de crisis” (43).

Por otra parte, y quizá también como indicativas de un renglón en el que la educación puede contribuir a resolver problemas en el plano del “nivel de existencia”, las anotaciones acerca de la forma en que, “fuera de la comparación de los recursos existentes con el monto del presupuesto-tipo, el análisis de los gastos proporciona útiles conclusiones, pues si una parte importante de un ingreso módico va a la renta es que la familia tiene el valor de sacrificar el instinto más imperioso —el de la alimentación— a la decencia del alojamiento” (40). En esta conexión cabe señalar que, en tanto la educación puede modificar modos de comportamiento económico desfavorables en la distribución del presupuesto, el conocimiento que se tiene de las reacciones de la población en su totalidad (o de diferentes capas de la misma en particular) frente a las variaciones en el monto de los ingresos podría orientar una acción planificadora en cuanto a las prioridades y los grados de atención que debieran otorgarse a planes relativos a los diferentes renglones presupuestarios y, asimismo, a las *formas específicas* que cada renglón demandara para cubrir sus deficiencias en vista de los patrones de conducta de la población.

Desde el ángulo de la recuperación social, René Sand subraya: la existencia de desvalorizados económicos por inadaptación social; la importancia del descubrimiento temprano de las desviaciones del carácter en cuanto formas de iniciación de las carreras criminales; las bondades de la colocación familiar vigilada por médicos y por asistentes sociales para los adolescentes en peligro moral, de los hogares semi-libres y las casas educativas

para menores delincuentes; lo indispensable de la segregación de aquellos reincidentes que parecen víctimas de taras incorregibles. Y, desde el mismo ángulo, y en relación con la delincuencia y sus remedios, el autor recuerda la clasificación hecha por Mary van Kleeck en: ayuda paliativa que se reduce a aliviar los sufrimientos provenientes de la miseria; ayuda curativa, que vuelve a colocar a los individuos y a las familias en condiciones normales, y ayuda preventiva que previene la aparición de la miseria misma. De la ayuda curativa afirma que “se ha llegado a métodos que tratan no de socorrer día con día a las familias necesitadas, sino de volver a colocarlas en condiciones normales de independencia gracias al tratamiento médico, a la educación profesional, a la provisión de un empleo, al obsequio de útiles, de mercancías, de un pedazo de tierra, de un fondo de comercio o al cuidado de un niño enfermo...” (52); pero prosiguiendo los esfuerzos por implantar una ayuda preventiva que ataque las raíces mismas del mal eliminándolo gradualmente.

En el plano del trabajo; la necesidad de considerar los accidentes de trabajo y las enfermedades profesionales así como las condiciones de trabajo (duración, ritmo, reposo, vacaciones). En el plano de la herencia y la natalidad: la importancia de la eugenesia o “ciencia y política de los factores hereditarios que sometibles al control de la sociedad puedan actuar para bien o para mal sobre las cualidades hereditarias de las poblaciones futuras” (67). Sobre el plano de la higiene: el retroceso de la muerte, la higiene individual, la higiene pública y la higiene social, “uno de cuyos dominios es la lucha contra el alcoholismo” (87). Sobre el plano de la medicina: la consideración de los cuidados médicos, las instituciones de tratamiento, la generalización de los seguros y el trabajo médico

en equipo, “debiendo compararse el tratamiento hospitalario y el tratamiento a domicilio pues, si el primero es en veces indispensable por motivos médicos y sociales y recomendable desde el ángulo económico si promete curación rápida y completa, el segundo es menos oneroso cuando asegura una acción mejor sobre la personalidad del enfermo y su medio y en cuanto respeta la vida familiar” (103).

Aún después de pasar por el terreno de la educación y leer las páginas más bien frías que se consagran a la educación del niño, del adolescente y del adulto (con los más o menos habituales pedidos de establecimientos de bibliotecas, circulación de libro, etc.), y en particular las dedicadas a la educación física, se sigue teniendo la impresión de que —no obstante las declaraciones de la economía humana en cuanto a “cultivar las cualidades morales, el sentido humano y a... proteger la personalidad y abrirle todas las vías que conducen a su realización completa” (119), esta orientación relativamente nueva no ha hecho sino reconocer en forma insuficiente la radicalidad social de los males y el carácter esencialmente social de los remedios en cuanto, como tantas doctrinas de pretendida inspiración sociológica, caen en el sociologismo y escamotean al hombre; en cuanto, preocupados por la elaboración de ambiciosos programas planificadores o político-sociales, centran su atención en lo objetivo de la creación institucional desatendiendo el afianzamiento subjetivo más profundo de la cimentación educativa; en cuanto se olvidan de que las batallas sociales definitivas se ganan en las mentes de los hombres —y esto es algo que sabe y practica perfectamente el marxismo-leninismo—; en cuanto descuidan o cuidan insuficientemente la piedra-clave de todo el edificio; en cuanto no recuerdan que la economía humana tiene que descansar sobre

dos pilotes al menos: sobre lo que de económico tiene el hombre y sobre lo que de humano tiene la economía. A lo que hay que agregar que lo que de humano tenga la economía dependerá de la imagen que cada uno de los hombres integrantes de una sociedad se forme de sí y de todos y cada uno de los restantes miembros de la misma, así como de la unidad de la que con ellos forma parte.

BIBLIOGRAFIA SOCIOLOGICA MEXICANA

SOCIOLOGÍA RURAL

Recopilación, organización y comentarios de María del Carmen RUIZ CASTAÑEDA y Jorge MARTINEZ RIOS, del Instituto de Investigaciones Sociales de la U.N.A.M.

- 1 Sistemas de tenencia y explotación de la tierra.¹
15 México actual (primera parte).

1

1920 BRECEDA, Alfredo: *México Revolucionario. 1913-1917*, Tip. Artística Cervantes, Madrid, 1920, tomo primero, 506 p.

En las págs. 45-46, habla de los Terrenos Baldíos.

2

1932 ARMAND, Francisco M.: *Por tierras de Morelos*, s.p.i., México, 1932, 45 p.

Si bien trata del régimen comunal autóctono y de la obra realizada por la

¹ Véase el plan de trabajos en la *Revista Mexicana de Sociología*, Vol. XVIII (2-3), mayo-diciembre de 1955.

conquista en el actual Estado de Morelos, contiene datos acerca de la concentración agraria en manos de dieciocho familias, las condiciones de vida del peonaje antes de la Revolución Mexicana y lo que ésta hizo en favor de los campesinos.

3

1932 CAMACHO, Ramiro: *Quodlibetos para Universitarios, por el Pbro. . .*, Imprenta Font, Guadalajara, 2 tomos, 1932, 112 p. y 120 p.

Apoyado en la autoridad de la iglesia y en los grandes maestros de la misma, sostiene la tesis agraria de que es lícito recibir las tierras de reparto, siempre que la dotación o restitución se haga observando los pormenores de nuestras Leyes Agrarias; precede a esta tesis un estudio histórico del régimen de propiedad de la tierra durante la Colonia y la República, estudiando en un capítulo la propiedad de la Iglesia y el Derecho.

4

1935 DIAZ DUFOO, Carlos: *La Vida Económica, Hechos y Doctrinas: 1916-1934*, Talls. Tip. de "Excelsior". México, 1935, 464 p.

En sus páginas trata en forma somera el problema de la pequeña propiedad y señala la correlación de esta forma de tenencia con la densidad de población.

5

1936 ADAMS, H.: "The agrarian system of Mexico", *Amer. Rev.* (7) sep. 1936, pp. 409-421.

Nos habla de la creación de la pequeña propiedad a través de la fragmentación de los latifundios. Asimismo señala como factores de la aparición de pequeñas heredades, el sistema de herencia, la tierra entre otros.